

El retorno de las procesiones de Semana Santa a nuestras calles es un hito deseado como testimonio de un regreso a esa normalidad que, nueva o vieja, necesitamos a todos los niveles: social, familiar e íntimo. De entre las muchas expresiones de tradición, reencuentro, arte, cultura y religiosidad, en esta tierra nuestra ocupa la Semana Santa un lugar muy especial, que trasciende la mera espiritualidad. Muchas de nuestras tradiciones más queridas tienen un lógico origen religioso, y la Semana Santa es una de las más trascendentales en este sentido.

Tenemos una muy seria esperanza de que este año puedan regresar las procesiones, los actos litúrgicos, pero también los encuentros culturales, sociales o la actividad turística que generan a su alrededor, y con esa previsión trabajamos. Compartimos la ilusión de las cofradías y hermandades que se preparan todo el año para que cada procesión transcurra con el mayor esplendor, participación y respeto a la tradición posible.

Imposible no pensar en el recogimiento de estos días sin acordarnos de aquellos y aquellas que han fallecido a lo largo de estos dos años víctimas de la pandemia. No tengo ninguna duda de que los momentos más intensos de esta Pasión que revivimos estos días serán dedicados a los que nos dejaron de una manera íntima, pero generalizada.

Y si algo tiene la Semana Santa toledana es que, por su carácter austero, su silencio sepulcral, el eco de los redobles que parece nacer de la intimidad de cada vivienda de su Casco Histórico y la solemnidad de sus desfiles, invita sobremanera al recogimiento, a la reflexión, y en años como los que vivimos, a recordarnos qué es lo realmente importante en nuestras vidas.

La Semana Santa toledana transita por un entramado urbano que enmarca de manera inigualable la representación: cercana para quienes la viven desde la tradición y el sentimiento, acogedora para quienes se acercan a conocerla y fiel al espíritu de la ciudad. Ciudad que es incluso capaz de oscurecer sus calles para dejar que sea la luz de los cirios y hachones la que ilumine el paso nazareno, y que inicia el Viernes de Dolores un intenso programa de procesiones y actos litúrgicos con hermandades que hunden sus raíces en la Edad Media, pero también nacidas al aire del innegable impulso experimentado en el siglo XXI, y que se tradujo finalmente en su declaración de Interés Turístico Internacional.

Pasos monumentales, Cristos y Vírgenes dolientes, iglesias de abren al público, por unos días, su secreta belleza monumental, encuentros en el transitar de algunas procesiones, alma de Toledo en cada paso, en cada capuz que cubre el rostro de un cofrade, en cada mujer que torna su estilo por el luto riguroso para acompañar al Cristo en sus días de pasión y muerte...

Resulta imposible explicar lo que un toledano siente a lo largo de estos días, pero no es difícil de comprender para esos cientos de miles de castellano-manchegos que viven también con una emoción especial estos días llenos de tradición, reencuentro familiar y, en demasiados casos, regreso a la tierra de la que tuvieron que marchar en busca de un futuro mejor en años duros de doloroso recuerdo para todos.

Mis mejores deseos para estos días, con un recuerdo especial a quienes, al igual que ha sucedido durante las sucesivas olas de la pandemia, volverán a estar al pie del cañón para que todo suceda con plenas garantías de seguridad, convivencia y respeto.

Emiliano García-Page Sánchez
Presidente de Castilla-La Mancha